

ESTUDIOS y NOTAS

COLOQUIO SOBRE EL PODER Y SOBRE EL ACCESO AL PODEROSO

*¿Sois felices?
Somos poderosos.*

LORD BYRON

Intervienen en el coloquio:

- E. (Estudiantes de un curso, preguntando).
- C. S. (Respondiendo).

El «intermedio» puede ser representado por una tercera persona.

- E. Antes de que hable usted del poder, tengo que preguntarle una cosa.
- C. S. Dígame, por favor, señor E.
- E. ¿Tiene usted mismo algún poder o no tiene usted ninguno?
- C. S. Esta pregunta está muy justificada. Quien habla del poder debería empezar por decir en qué situación de poder se encuentra él mismo.
- E. Pues bien, ¿tiene usted poder o no lo tiene?
- C. S. Yo no tengo poder. Pertenezco a los que carecen de poder.
- E. Esto es sospechoso.
- C. S. ¿Por qué?
- E. Porque entonces estará usted probablemente predispuesto en contra del poder. Disgusto, amargura y resentimiento son nocivas fuentes de errores.
- C. S. ¿Y si yo perteneciera a los poderosos?
- E. Entonces estaría usted probablemente predispuesto *a favor* del poder. También el interés por el propio poder y por su mantenimiento es, naturalmente, una fuente de errores.

- C. S. ¿Quién es el que entonces puede, en rigor, hablar sobre el poder?
- E. Esto es usted quien tendría que decírmelo.
- C. S. Yo diría: tal vez exista aún otra posición: la de la contemplación y descripción desinteresadas.
- E. Esto sería quizá el papel del tercer hombre o de la inteligencia flotando libremente, ¿no es cierto?
- C. S. ¡Y dale con la inteligencia! No empecemos de buenas a primeras con tales presunciones. Intentemos primeramente enfocar con precisión un fenómeno histórico, que todos estamos viviendo y padeciendo. El resultado no tardará en revelárenos...

I

- E. Es decir, que hablamos del poder que ejercen los hombres sobre otros hombres. ¿De dónde procede realmente el inmenso poder que, pongamos por caso, Stalin o Roosevelt, u otro que pudiéramos citar aquí, han ejercido sobre millones de hombres?
- C. S. En tiempos pasados se hubiese respondido a esto: el poder procede de la naturaleza o viene de Dios.
- E. Me temo que hoy en día el poder ya no nos parezca natural.
- C. S. Eso me lo temo yo también. Frente a la *naturaleza* nos sentimos hoy muy superiores. Ya no la tememos. Cuando nos resulta fastidiosa como enfermedad o como *catástrofe* natural, tenemos la esperanza de vencerla: muy pronto. El hombre —por naturaleza un ser viviente, débil— se ha elevado poderosamente, con ayuda de la técnica, sobre cuanto le rodea. Se ha convertido en señor de la naturaleza y de todos los seres vivientes terrestres. La barrera que sensiblemente le oponía, en otros tiempos, la naturaleza con fríos y calores, con hambres y carestías, con animales salvajes y peligros de toda índole, esta barrera empieza a ceder visiblemente.
- E. Es cierto. Hoy ya no tenemos que temer a ningún animal salvaje.
- C. S. Las hazañas de Hércules se nos antojan hoy bastante modestas; y si hoy penetrara en una gran ciudad moderna un

león o un lobo, lo más que haría sería provocar un entorpecimiento de la circulación y apenas se asustarían los niños. Frente a la naturaleza el hombre se siente hoy en día tan sumamente superior que se permite el lujo de instalar jardines botánicos.

E. ¿Y qué es lo que sucede con Dios?

C. S. Por lo que se refiere a Dios, el hombre moderno —aludo al típico habitante de la gran ciudad— tiene también el sentimiento de que Dios cede o que se ha retirado de nosotros. Cuando surge hoy el nombre de Dios, el hombre de cultura normal de nuestros días cita automáticamente la afirmación de Nietzsche: «Dios está muerto». Otros, aun mejor informados, citan la afirmación del socialista francés Proudhon, que precede en cuarenta años a la afirmación de Nietzsche y que asegura: «Quien dice Dios, quiere engañar».

E. Si el poder no procede ni de la naturaleza ni de Dios, ¿de dónde proviene entonces?

C. S. Entonces sólo nos queda una cosa: el poder que un hombre ejerce sobre otros hombres procede del hombre mismo.

E. ¡Pues sí que estamos bien! Hombres lo somos todos. También Stalin fué un hombre; también Roosevelt u otro que pudiéramos citar aquí.

C. S. ¡Palabras realmente tranquilizadoras! Si el poder que ejerce un hombre sobre los demás procede de la naturaleza, es o el poder del progenitor sobre su descendencia o la supremacía de los colmillos, de los cuernos, de las garras, de las pezuñas, de las vejigas ponzoñosas y de otras armas naturales. Bien podemos prescindir aquí del poder del progenitor sobre su descendencia. Entonces nos queda el poder del lobo sobre el cordero. Un hombre que tiene poder sería un lobo frente al hombre que no tiene poder. Quien no tiene poder se siente como cordero hasta que consiga, por su parte, alcanzar la situación del poderoso y desempeñar el papel del lobo. Esto lo confirma el adagio latino: *Homo homini lupus*. Traducido quiere decir: el hombre es para el hombre un lobo.

E. ¡Qué asco! ¿Y si el poder procede de Dios?

C. S. Entonces, el que lo ejerce, es portador de una propiedad

divina; recibe, con su poder, algo divino y habría que honrar, si no a él mismo, sí un poder de Dios que le es inherente. Esto lo confirma el adagio latino: *Homo homini Deus*. Traducido quiere decir: El hombre es para el hombre un Dios.

- E. ¡Esto es demasiado!
- C. S. Pero si el poder no procede ni de la naturaleza ni de Dios, entonces todo lo que se refiere al poder y a su ejercicio ocurre solamente entre hombres. Entonces estamos los hombres entre nosotros mismos. Los poderosos están frente a los que no tienen poder, los pudientes frente a los impotentes, simplemente de hombre a hombre.
- E. Es decir: El hombre es para el hombre un hombre.
- C. S. Lo confirma el adagio latino: *Homo homini homo*.

2

- E. Está claro. El hombre es para el hombre un hombre. Sólo porque se encuentran hombres que obedecen a otro hombre, le proporcionan a éste el poder. Si dejan de obedecerle, el poder se acaba por sí solo.
- C. S. Muy cierto. Pero ¿por qué obedece usted? La obediencia no es ni mucho menos arbitraria, sino que está motivada por algo y en alguna medida. ¿Por qué entonces dan los hombres su consenso al poder? En algunos casos lo hacen por confianza, en otros por miedo, a veces por esperanza, a veces por desesperación. Pero lo que necesitan siempre es protección y esta protección la buscan en el poder. Desde el punto de vista del hombre no queda más explicación para el poder que la relación entre protección y obediencia. Quien no tiene el poder de proteger a alguien no tiene tampoco derecho a exigirle obediencia. Y a la inversa: Quien busca y acepta protección no tiene derecho a negar la obediencia.
- E. Pero, ¿y si el poderoso ordena una cosa injusta? ¿No habría que negar entonces la obediencia?
- C. S. ¡Naturalmente! Pero no hablo de órdenes injustas y aisladas, sino de una situación en conjunto, en la que el poderoso y los que están sometidos a él están coordinados en

una unidad política. Aquí se trata de que el que tiene el poder puede crear sin interrupción motivos eficientes, y de ningún modo siempre inmorales, para la obediencia: mediante el otorgamiento de la protección y de una existencia segura, mediante educación e intereses solidarios frente a otros. En resumen: el consenso determina el poder, es cierto, pero el poder determina también el consenso y en modo alguno se trata, en todos los casos, de un consenso irracional o inmoral.

- E. ¿Qué es lo que quiere usted decir con esto?
- C. S. Quiero decir con esto que el poder, también allí donde es ejercido con plena conformidad de todos los sometidos al poder, sigue teniendo aún una significación bastante peculiar y, por así decirlo, una plusvalía. Es más que la suma de todos los consensos que contiene, y aún más que su producto. ¡Reflexione, por favor, lo estrechamente ligado que está el hombre, en esta sociedad sumida en el trabajo, a la estructura social! Vimos antes cómo retrocede la barrera de la naturaleza, pero ahora vemos cómo avanza, y con qué fuerza y proximidad, la barrera social. Por ello se hace también cada vez más fuerte la motivación para el consenso del poder. Un hombre moderno con poder tiene infinitamente más medios para promover el consenso de su poder que Carlomagno o Barbarroja.

3

- E. ¿Quiere usted decir con esto que el poderoso hoy en día puede hacer lo que se le antoje?
- C. S. Al contrario. Sólo quiero decir con esto que el poder es una magnitud propia y autónoma, incluso frente al consenso que él mismo ha creado, y ahora quisiera mostrarle que lo es también frente al propio poderoso. El poder es una magnitud objetiva, con leyes propias, frente al individuo humano que, en un momento preciso, pueda tener en su mano el poder.
- E. ¿Qué es lo que quiere decir aquí eso de magnitud objetiva, con leyes propias?
- C. S. Esto significa algo muy concreto. Comprenda usted con cla-

- ridad que también el poderoso más terrible está sujeto a los límites de la naturaleza humana, a la deficiencia del cerebro humano y a la flaqueza del alma humana. También el hombre más poderoso tiene que comer y beber como todos nosotros. También él enferma y envejece.
- E. La ciencia moderna ofrece medios sorprendentes para vencer las barreras de la naturaleza humana.
- C. S. Por supuesto. El que tiene el poder puede hacerse asistir por los médicos más famosos y galardonados con el Premio Nobel. Puede ponerse más inyecciones que otro cualquiera. A pesar de todo, después de algunas horas de trabajo o de vicio acaba por cansarse y dormirse. El terrible Caracalla y el poderoso Genghis Khan yacen después como niños y tal vez aún sigan roncando.
- E. Esto es un panorama que todo poderoso debería tener siempre presente.
- C. S. Muy cierto, y los filósofos y los moralistas, los pedagogos y los retóricos siempre se lo han imaginado así. Pero no nos detengamos en este punto. Sólo quisiera añadir aún que el filósofo aún más moderno del poder puramente humano, el inglés Tomás Hobbes, parte de esta flaqueza común a todo individuo humano para su teoría del Estado. Hobbes construye de la manera siguiente: De la flaqueza resulta un peligro, del peligro el miedo, del miedo la necesidad de seguridad y de ahí, a su vez, la necesidad de un aparato de protección con una organización más o menos complicada. Pero a pesar de todas las medidas de protección, dice Hobbes, cualquiera puede matar a cualquiera en el momento preciso. Un hombre débil puede encontrarse en la situación de poder liquidar al hombre más fuerte y más poderoso. En este punto son los hombres realmente iguales, ya que todos están amenazados y expuestos al peligro.
- E. ¡Flaco consuelo!
- C. S. Realmente no he querido ni consolar ni asustar, sino simplemente trazar una imagen objetiva del poder humano. El peligro físico es, a todo esto, sólo el aspecto más grosero y ni siquiera el cotidiano. Otra repercusión de los límites estrechos de cada individuo humano resulta aún más apropiada para mostrar lo que aquí interesa, o sea la normativi-

dad propia y objetiva de cada poder frente al propio individuo que tiene el poder y la insoslayable dialéctica interna entre poder y no-poder, en la que se ve implicado todo poderoso humano.

- E. De nada me sirve aquí la dialéctica.
- C. S. Veamos. El individuo humano, en cuyas manos están por un momento las grandes decisiones políticas, sólo puede formar su voluntad bajo unos supuestos y medios dados. También el príncipe más absoluto depende de los dictámenes e informes y de sus consejeros. Multitud de hechos y avisos, de propuestas y suposiciones le llegan día a día y hora a hora. De este mar encrespado e infinito de verdad y mentira, de realidades y posibilidades, incluso el hombre más astuto y poderoso sólo podrá aprovechar algunas gotas.
- E. En esto sí que se ve la grandeza y miseria del príncipe absoluto.
- C. S. Se ve sobre todo la dialéctica interna del poder humano. Quien consigue hablar ante el que tiene poder, ya participa del poder, y no importa que sea un ministro responsable y refrendario, o que acierte a llegar, por vía indirecta, al oído del poderoso. Basta con que sepa proporcionar las impresiones y los motivos al individuo humano, en cuyas manos está la decisión por un momento. Así todo poder directo está inmediatamente subordinado a influjos indirectos. Ha habido poderosos que han percibido esta dependencia, por lo que fueron presa de la ira y de la furia. Y entonces probaron, en lugar de recurrir a su consejero habitual, a informarse por otros conductos.
- E. Teniendo en cuenta la corrupción en las cortes, seguramente tendrían razón.
- C. S. Cierto. Pero por desgracia caían con ello sólo en nuevas y a menudo grotescas dependencias. El califa Harun al Rashid acabó por disfrazarse de villano y recorrió de noche las tabernas de Bagdad, para enterarse al fin de la verdad. No sé qué es lo que habrá encontrado y bebido en esta dudosa fuente. Federico el Grande fué de viejo tan desconfiado que sólo hablaba sinceramente con su ayuda de cámara Fredersdorff. El ayuda de cámara se convirtió así en un hombre influyente, aunque siguiera siendo, por lo demás, igual de fiel y honrado.

- E. Otros poderosos acaban por confiarse a su chófer o a su querida.
- C. S. Con otras palabras: Ante cada ámbito de poder directo se forma una antesala de influencias y fuerzas indirectas, un acceso al oído, un pasillo hacia el alma del poderoso. No hay poder humano sin esta antesala y sin este pasillo.
- E. Sin embargo, con medidas prudentes y determinaciones constitucionales se pueden evitar bastantes abusos.
- C. S. Esto puede y debe hacerse. Pero no hay institución, por sabia que sea, ni organización tan alambicada que puedan extirpar del todo la antesala misma; no hay ataque de ira que pueda eliminar, sin dejar rastro, la camarilla (1) o la antecámara. La antesala misma no puede eludirse.
- E. Esto me parece más bien una escalera secreta.
- C. S. Antecámara, escalera secreta, cuarto trastero, sótano; el asunto en sí está claro y es el mismo para la dialéctica del poder humano. De cualquier suerte, en esta antesala del poder se ha dado cita, en el decurso de la historia universal, una sociedad pintoresca y mezclada. Aquí se reúnen los influyentes. Aquí encontramos a ministros y embajadores de gran gala, pero también confesores y médicos, ayudantes y secretarías, ayudas de cámara y favoritas. Aquí está el viejo Fredersdorff, el ayuda de cámara de Federico el Grande, junto a la noble emperatriz Augusta, Rasputin junto al cardenal Richelieu, una eminencia gris junto a una mesalina. A veces hay hombres listos y sabios en esta antesala, a veces organizadores fabulosos o mayordomos honrados, a veces tontos advenedizos y tramposos. A veces la antesala es realmente la cámara oficial del Estado, en la que se reúnen caballeros dignos y conversan hasta ser recibidos. Pero a menudo no es más que un gabinete privado.
- E. O incluso la habitación de un enfermo, donde yace un paralítico, junto al que se sientan unos cuantos amigos y rigen el mundo.
- C. S. Cuanto más se concentra el poder, como en una cima, en un lugar determinado, en un hombre determinado o en un grupo de hombres, tanto más se agudiza el problema del pasillo y la cuestión del acceso a la cima. Tanto más vio-

(1) En español en el original.

lento, ensañado y sordo se hace entonces también el combate entre aquellos que tienen ocupada la antesala y controlan el pasillo. Este combate en la nebulosa de los influjos indirectos es tan inevitable como esencial para todo poder humano. En él se realiza la dialéctica interna del poder humano.

E. ¿Pero no son estas cosas meras aberraciones de un régimen personal?

C. S. No. El proceso de la formación del pasillo, del que aquí hablamos, se desarrolla en mínimos e infinitésimos principios a cada paso, en lo grande y en lo pequeño, en todas partes en que unos hombres ejercen poder sobre otros hombres. En la misma medida en la que se resume un ámbito del poder, se organiza en seguida también una antesala para este poder. Cada aumento del poder directo espesa y enraece también el ambiente de los influjos indirectos.

E. Esto puede ser incluso bueno, cuando el poderoso no lo hace bien. Aún no veo lo que es mejor, si el poder directo o el el poder indirecto.

C. S. Yo veo aquí lo indirecto sólo como un estadio del desarrollo inevitable y dialéctico del poder humano. El que tiene el poder estará tanto más aislado cuanto que el poder directo se concentre en su persona individual. El pasillo le arranca del suelo y le introduce como en una estratosfera, donde sólo alcanza a aquellos que le gobiernan indirectamente, mientras que a todos los demás hombres, sobre los que ejerce poder, no los alcanza ya, y ellos tampoco le alcanzan a él. En casos extremos se hace esto palpable de manera grotesca. Esto es entonces también sólo la consecuencia externa del aislamiento del poderoso mediante el inevitable aparato del poder. La misma lógica interna se realiza en innumerables principios de la vida cotidiana en el constante juego de poder directo e influencia indirecta. Ningún poder humano escapa a esta dialéctica de auto-afirmación y auto-destierro.

INTERMEDIO: BISMARCK Y EL MARQUÉS DE POSA

La lucha por el pasillo, por el acceso a la cima del poder, es una lucha especialmente intensa por el poder, por la cual se realiza la dialéctica interna entre poder y no-poder humanos. Esta cuestión de hecho tenemos que observarla, en primer lugar, en su auténtica realidad, sin retórica ni sentimentalismo, pero también sin cinismo o nihilismo. Por eso quisiera poner de manifiesto el problema con sólo dos ejemplos.

El primer ejemplo es un documento que pertenece a la historia constitucional: es la dimisión de Bismarck en marzo de 1890. Está publicado en el tomo tercero de *Pensamientos y recuerdos*, de Bismarck, y ampliamente comentado. Es en todo, en su estructura, en la manera de exponer el pensamiento y en su tónica, en cuanto expresa tanto como en lo que silencia, la obra bien reflexionada de un gran maestro del arte de la política. Era el último acto oficial de Bismarck y se esbozó y se estilizó después con toda reflexión como un documento para la posteridad. El viejo y experto canciller del Reich, el creador del Imperio, polemiza con el inexperto heredero, el joven rey y Kaiser Guillermo II. Entre ambos existían muchas oposiciones objetivas y diferencias de opinión en cuestiones de política interna y exterior. Pero el núcleo de la dimisión, el punto culminante, es algo meramente formal: la pugna en la cuestión de cómo puede informarse el Canciller y de cómo debe informarse el rey y Kaiser. Bismarck exige plena libertad para escoger a sus interlocutores y a los invitados en su casa. En cambio, al rey y Kaiser le niega el derecho de escuchar a un ministro si no está presente él mismo, Bismarck, presidente del Consejo de Ministros. Así se convierte el problema de la audiencia inmediata cerca del rey en el núcleo central de la dimisión de Bismarck. Con él comienza la tragedia del segundo Reich. El problema de la audiencia cerca del rey es el problema, en definitiva, de toda monarquía, porque es el problema del acceso a la cima. También el señor Von Stein se agotó en la lucha contra los consejeros secretos de gabinete. También Bismarck hubo de sucumbir ante el viejo y eterno problema del acceso a la cima.

El segundo ejemplo lo tomamos de la obra dramática de Schiller, *Don Carlos*. Aquí un gran dramaturgo intenta captar la esencia del poder. La acción del drama gira en torno a la cuestión: ¿Quién tiene acceso inmediato al rey, el monarca absoluto Felipe II? Quien tenga este acceso inmediato al rey, participa de su poder. Hasta ahora, el confesor y el general duque de Alba ocupaban la antesala del poder y bloqueaban el acceso al rey. Ahora aparece un tercero, el marqués de Posa, y los otros dos reconocen en seguida el peligro. Al final del tercer acto llega el drama al punto culminante de su tensión: El caballero —es decir, el marqués de Posa— será recibido de ahora en adelante sin necesidad de ser anunciado. Esto produce un efecto dramático enorme, no sólo en el espectador, sino también en todas las personas que intervienen en el drama mismo. «Esto es realmente mucho», dice Don Carlos, cuando lo sabe, «mucho, verdaderamente mucho»; y el confesor Domingo dice trémulo al duque de Alba: «Nuestros tiempos han pasado». Después de este punto culminante, la peripecia del grandioso drama toma un súbito giro trágico. Como contrapartida por haber conseguido el acceso inmediato al poderoso, le atina al marqués de Posa el disparo mortal. No sabemos lo que habría hecho él, por su parte, con el confesor y con el general —caso de haber podido conservar su posición con el rey.

4

- C. S. Por muy interesantes que sean estos ejemplos, no olvide usted, querido señor E., en relación con qué nos ocupamos de todo esto; se trata precisamente de un momento de la dialéctica interna del poder humano. Hay aún algunas otras cuestiones que podemos explicar del mismo modo, por ejemplo, el abismático problema de la *sucesión* en el poder, igual da que sea éste dinástico o democrático o carismático. Pero debería estar ahora ya bastante claro qué es lo que queremos decir al hablar de esta dialéctica.
- E. Yo sólo veo siempre esplendor y miseria del hombre; usted habla siempre de dialéctica interna. Por eso quisiera hacerle una pregunta completamente sencilla: Si el poder, ejercido por hombres, no viene de Dios ni de la natura-

- leza, sino que es una estructura humana interna, ¿es entonces bueno o malo, o qué es lo que es?
- C. S. Esta pregunta es más peligrosa de lo que usted quizás sospeche. Porque la mayoría de los hombres contestará con la mayor naturalidad: El poder es bueno, si lo tengo yo, y es malo si lo tiene mi enemigo.
- E. Digamos mejor así: El poder en sí no es bueno ni malo; es en sí neutral; es lo que el hombre hace de él: en manos de un hombre bueno, es bueno, y en manos de un hombre malo, es malo.
- C. S. ¿Y quién decide, en un caso concreto, sobre si un hombre es bueno o malo? ¿El poderoso o algún otro? El hecho de que uno tenga el poder, significa, ante todo, que él mismo decide sobre ello. Esto es lo que pertenece a su poder. Si es otro el que decide, entonces resulta que este otro es quien tiene el poder o que al menos lo reclama.
- E. Entonces parece que, en efecto, el poder es en sí neutral.
- C. S. Quien cree en un Dios todopoderoso y bondadoso, no puede afirmar que el poder sea malo ni tampoco neutral. El Apóstol del Cristianismo, San Pablo, dice, como es sabido, en la *Epístola a los Romanos*: «No hay poder sino de Dios». El Papa San Gregorio Magno, el arquetipo del pastor papal de los pueblos, se expresa sobre esto con la mayor claridad y decisión. Escuche usted lo que dice:

Dios es el más alto poder y el más alto ser. Todo poder es de El y es y permanece en su esencia divino y bueno. Si el diablo tuviese poder, también este poder, en tanto que poder, sería divino y bueno. Sólo la voluntad del diablo es mala. Pero incluso a pesar de esta voluntad siempre mala, demoníaca, el poder permanece en sí divino y bueno.

- Así habla San Gregorio. Dice: «Sólo la voluntad de poder es mala, pero el poder mismo es siempre bueno.»
- E. Esto es sorprendentemente increíble. En tal caso más bien me convence Jacobo Burckhardt, quien, como es sabido, ha dicho: «El poder es en sí malo.»
- C. S. Consideremos la célebre frase de Burckhardt algo más de

cerca. El pasaje decisivo en sus *Consideraciones sobre historia universal*, dice así:

Y ahora se nos muestra —piénsese a este propósito en Luis XIV, en Napoleón y en los gobiernos populares revolucionarios— que el poder es en sí malo (Schlosser), que sin respeto a ninguna religión se atribuye al Estado el derecho del egoísmo, que es negado al individuo.

El nombre Schlosser lo ha agregado, entre paréntesis, el editor de las *Consideraciones sobre historia universal*, el sobrino de Burckhardt, Jacob Oeri, bien sea como cita o bien como autoridad.

- E. Schlosser... ¿no es un cuñado de Goethe?
- C. S. El cuñado de Goethe se llamaba Johann Georg Schlosser. Aquí se refiere a Friedrich Christoph Schlosser, el autor de una historia universal humanitaria, que Jacobo Burckhardt gustaba de citar en sus cursos. Pero ambos, e incluso los tres, Jacobo Burckhardt y los dos Schlosser, no llegan ni con mucho a San Gregorio Magno.
- E. Pero, al fin y al cabo, ya no vivimos en la alta Edad Media. Estoy seguro de que a la mayoría de los hombres les convence hoy más Burckhardt que San Gregorio Magno.
- C. S. Evidentemente ha tenido que cambiar algo esencial desde los tiempos de San Gregorio Magno con relación al poder. Porque también en tiempos de San Gregorio Magno había guerras y terrores de toda índole. Por otra parte, los poderosos, en los que, según Burckhardt se nos muestra sobre todo lo malo del poder, Luis XIV, Napoleón y los gobiernos revolucionarios franceses, son poderosos bastante modernos.
- E. ¡Si ni siquiera estaban motorizados! Y ni siquiera sospechaban nada de las bombas atómicas y de hidrógeno.
- C. S. No podemos tener a Schlosser y a Burckhardt precisamente por santos, pero sí por hombres piadosos, que no han hecho una afirmación de esta clase a la ligera.
- E. ¿Cómo es posible, entonces, que un hombre piadoso del siglo VII tenga el poder por bueno, mientras hombres piadosos de los siglos XIX y XX lo tienen por malo? Algo esencial ha tenido que cambiar en esto.
- C. S. Yo creo que en el siglo pasado se nos ha descubierto de manera muy peculiar la esencia del poder humano. Porque

resulta efectivamente raro que la tesis del poder malo se difunda precisamente a partir del siglo XIX. Habíamos pensado que el problema del poder se había resuelto o al menos suavizado, si el poder no procede de Dios ni de la naturaleza, sino que es algo que los hombres convienen entre sí. ¿Qué es lo que va a temer el hombre, si Dios ha muerto y el lobo ni siquiera asusta ya a un niño? Pero precisamente desde esa época en que parece verificarse esta humanización del poder —desde la Revolución Francesa—, se extiende inconteniblemente la convicción de que el poder es en sí malo. La afirmación *Dios ha muerto* y la otra afirmación *El poder es en sí malo* proceden de la misma época y de la misma situación. En el fondo, ambas afirmaciones confirman lo mismo.

5

- E. Esto necesitaría seguramente de alguna explicación.
- C. S. Para entender bien la esencia del poder humano, como se nos manifiesta en nuestra situación actual, lo mejor será servirnos de una relación que encontró el ya citado filósofo inglés Tomás Hobbes, el aún hoy más moderno pensador del poder puramente humano. Ha enunciado y fijado esta relación con toda exactitud y nosotros la llamaremos, en su honor, la «relación de peligrosidad hobbesiana». Hobbes dice: «El hombre es a otros hombres, de los que se cree amenazado, más peligroso que cualquier animal, y en la misma medida en que las armas del hombre son más peligrosas que las del animal». Esto es una relación clara y fija.
- E. Oswald Spengler ha dicho ya que el hombre es un animal salvaje.
- C. S. Perdón. La relación de peligrosidad, enunciada por Tomás Hobbes, no tiene nada que ver con la tesis de Oswald Spengler. Hobbes, al contrario, supone que el hombre *no* es un animal, sino algo muy distinto, en parte menos y en parte mucho más. El hombre es capaz de compensar, hasta supra-compensar, de manera inmensa, su debilidad y sus deficiencias biológicas por inventos técnicos. Ahora preste atención. Hacia 1650, cuando Hobbes enunciaba esta relación, las armas del hombre —flecha y arco,

hacha y puñal, fusiles y cañones— eran ya muy superiores y lo bastante peligrosas en comparación con las zarpas de un león o los colmillos de un lobo. Hoy, sin embargo, la peligrosidad de los medios técnicos ha crecido hasta el infinito. En consecuencia también ha crecido, en la misma proporción, la peligrosidad del hombre frente a otros hombres. Así crece la diferencia entre poder y falta de poder de una manera tan ilimitada, que arrastra el concepto del hombre mismo a una nueva problemática.

- E. No entiendo por qué.
- C. S. Pues atienda. ¿Quién es aquí, en definitiva, un hombre? ¿El que produce estos modernos medios de aniquilamiento y los aplica o aquél contra quien van dirigidos? Seguiremos dando vueltas sobre un ladrillo si decimos: El poder es en sí mismo igual que la técnica, ni bueno ni malo, sino neutral; es, en consecuencia, lo que el hombre hace de él. No haríamos más que eludir la efectiva dificultad que se suscita al plantear la cuestión de quién es el que decide sobre lo bueno y lo malo. El poder de los modernos medios de aniquilamiento excede a la fuerza de los individuos humanos que los inventan y los aplican, en la misma proporción que las posibilidades de las máquinas y procedimientos modernos exceden a la fuerza de los músculos y cerebros humanos. En esta estratosfera, en este ámbito del ultra-sonido, ya ni siquiera interviene la voluntad humana, buena o mala. El brazo humano que sostiene la bomba atómica, el cerebro humano que enerva los músculos de este brazo humano, no son, en el momento decisivo, un miembro del ser humano individual, sino una prótesis, una parte de la estructura técnica y social que produce la bomba atómica y la aplica. El poder del poderoso individual no es aquí más que el exudado de una situación que resulta de un sistema de una incalculablemente excesiva división del trabajo.
- E. ¿No es acaso grandioso el que hoy penetremos nosotros en la estratosfera, o en el ámbito del ultra-sonido, o en los espacios siderales, y que tengamos máquinas que calculen con más rapidez y mejor que cualquier cerebro humano?
- C. S. En este «nosotros» radica la verdadera cuestión. No es ya el hombre como hombre, sino una reacción en cadena por él desencadenada la que lo produce todo. Al traspasar los

límites de la naturaleza humana, trasciende también todas las medidas interhumanas de cualquier posible poder de hombres sobre hombres. Arrolla también la relación entre protección y obediencia. Aún mucho más que la técnica, a los hombres se les ha escapado de las manos el poder, y los hombres que ejercen poder sobre otros con ayuda de tales medios técnicos, ya no son dueños de sí mismos, igual que aquellos que están expuestos a su poder.

- E. Pero los que inventan y fabrican los modernos medios de aniquilamiento tampoco son más que hombres.
- C. S. También frente a ellos, el poder por ellos producido, no es más que una magnitud objetiva y autónoma, que excede infinitamente a la capacidad física, intelectual y anímica del inventor humano individual. Al inventar estos medios de aniquilamiento, los inventores laboran inconscientemente por la creación de un nuevo Leviatán. Ya el Estado moderno europeo, minuciosamente organizado, de los siglos XVI y XVII, era un producto técnico de artesanía, un super-hombre creado por hombres, compuesto de hombres, que se enfrentaban con un super-poder, desde la imagen del Leviatán como el hombre grande, el *μακρὸς ἄνθρωπος*, al hombre pequeño que lo producía, el individuo particular, el *μικρὸς ἄνθρωπος*. En este sentido fué el Estado europeo moderno, con buen funcionamiento, la primera máquina moderna y a la vez la premisa concreta de todas las ulteriores máquinas técnicas. Era la máquina de las máquinas, la *machina machinarum*, un super-hombre compuesto de hombres, que llega a ser por el consenso humano, y que, sin embargo, en el momento en que existe, excede a todo consenso humano. Precisamente porque se trata aquí de un poder organizado por hombres, lo encuentra Burckhardt malo en sí. Por eso no refiere su célebre afirmación a Nerón o a Genghis Khan, sino a los poderosos típicamente modernos y europeos: Luis XIV, Napoleón y los gobiernos populares revolucionarios.
- E. Tal vez puedan nuevos inventos científicos modificar todo esto y ponerlo en orden.
- C. S. Estaría bien. Pero, ¿cómo va usted a modificar que el poder y el no-poder no estén enfrentados, mirándose de hito en hito, y que no se consideren más como de hombre a hom-

- bre? Las masas humanas que se sienten expuestas, impotentes, a los efectos de los modernos medios de aniquilamiento, saben ante todo que, en efecto, no tienen poder. La realidad del poder supera a la realidad del hombre. Yo no digo que es malo. Ni mucho menos digo que es neutral. Y me avergonzaría decir, como hombre pensante, que es bueno si lo tengo yo, y malo, si lo tiene mi enemigo. Sólo digo que es para todos, también frente al poderoso, una realidad autónoma, y que le arrastra en su dialéctica. El poder es más fuerte que cualquier voluntad de poder, más fuerte que cualquier bondad humana y felizmente también más fuerte que cualquier maldad humana.
- E. Es tranquilizador que el poder sea, como magnitud objetiva, más fuerte que toda maldad de los hombres, que ejercen el poder; pero, por otra parte, no resulta tan satisfactorio que sea también más fuerte que la bondad de los hombres. Esto no me resulta bastante positivo. Espero que no sea usted maquiavelista.
- C. S. Cierto que no lo soy. Además, Maquiavelo mismo tampoco era maquiavelista.
- E. Esto me parece demasiado paradójico.
- C. S. Yo lo encuentro muy sencillo. Si Maquiavelo hubiese sido maquiavelista, seguro que no habría escrito libros que le dieran mala fama. Habría publicado libros piadosos y edificantes, y más bien un anti-Maquiavelo.
- E. ¡Entonces sí que hubiera sido listo, naturalmente! Pero tiene que haber aplicaciones prácticas de la teoría de usted. ¿Qué es lo que debemos hacer, en definitiva?
- C. S. ¿Que qué es lo que debemos hacer? ¿Recuerda usted el principio de nuestra conversación? Usted me hizo la pregunta siguiente: «¿Tengo yo mismo poder?» Pues ahora volvamos la oración por pasiva, y yo le pregunto a usted: ¿Tiene usted mismo poder o no lo tiene?
- E. Al parecer quiere usted aprovechar mi pregunta para no ocuparse de cualquier aplicación útil.
- C. S. Al contrario. Sólo quería crearme una posibilidad de dar una respuesta sensata a su pregunta. Si alguien, con relación al poder, pregunta por una aplicación práctica, debe de haber una diferencia entre tener poder y no tenerlo.
- E. Evidente. Pero usted no deja de decir que el poder es

algo objetivo y más fuerte que cualquier hombre que lo maneja. Para ello tiene que haber algunos ejemplos de aplicación práctica.

- C. S. Hay infinitos, tanto para el que tiene el poder como para el que no lo tiene. Sería ya realmente un gran éxito el conseguir que el auténtico poder apareciese pública y visiblemente en el escenario político. Al poderoso le recomendaría, por ejemplo, no presentarse nunca en público sin el uniforme ministerial o las galas correspondientes. A un no-poderoso le diría: No creas que eres bueno por el mero hecho de que no tienes poder. Y si sufre con ello, con la falta de poder, le recordaría que la voluntad de poder es tan auto-destructora como la voluntad de placer o de otras cosas que saben a poco. A los miembros de una asamblea constituyente o consultiva les inculcaría bien el problema del acceso a la cima, para que no creyeran que podían organizar el gobierno de su país según un esquema cualquiera, como una especulación de sobra conocida. En resumen, ya ve usted que hay muchas aplicaciones prácticas.
- E. Pero, ¿y el hombre? ¿Dónde queda el hombre?
- C. S. Todo lo que un hombre ---con o sin poder--- piensa o hace, pasa por el pasillo de la conciencia humana y de otras potencias humanas individuales.
- E. Entonces el hombre es para el hombre un hombre.
- C. S. También lo es. Ciertamente que siempre de manera muy concreta. Esto significa, por ejemplo: El hombre Stalin es para el hombre Trotsky un Stalin, y el hombre Trotsky es para el hombre Stalin un Trotsky.
- E. ¿Es esta su última palabra?
- C. S. No. Con ello sólo quería decirle que la bella fórmula, «El hombre es para el hombre un hombre» --*homo homini homo*—, no es ninguna solución, sino solamente el principio de nuestra problemática. Me refiero a ello desde un punto de vista crítico, afirmativo a ultranza, y en el sentido del grandioso verso:

Ser hombre sigue siendo, sin embargo, una decisión.

Esta sí será mi última palabra.

CARL SCHMITT